

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE EOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

SERMON SOBRE LA SALVACION.

*Bonum est nos hic esse:
faciamus hic tria tabernacula.* (Matth. Cap. 17.)

Agradable es estar aquí;
hagamos tres tabernáculos.

Voy á tener la honra de dirigiros la palabra divina, única palabra que ilumina y purifica, que engrandece y salva; y al ejercer tan augusto y sublime ministerio, debo anticiparos el relato evangélico de S. Mateo que contiene un suceso maravilloso de la vida de N. S. J. con todas las circunstancias que le hacen admirable. Llámase este suceso la transfiguracion del Salvador. Tomó J, dice el Evangelio, á tres de sus discípulos, á saber, Pedro, Santiago y Juan, discípulos muy distinguidos, Pedro, por el acen-

drado amor que tuvo á su Maestro, Juan, por los privilegios que le otorgára el Salvador, y Santiago, porque su constancia habia de hacerle el primer Mártir entre los Apóstoles; tomó, repito, N. S. J. á estos tres discípulos, y dirigiéndose á una montaña muy elevada, se trasfiguró delante de ellos, brillando su divina faz mas que los rayos del Sol, y apareciendo sus vestidos mas blancos que la nieve. Moisés y Elías aparecieron tambien allí, hablando con Jesús y ofreciendo de este modo sus homenajes al Salvador, la ley y los Profetas, representados en aquellos ilustres personajes, y los vivos y los muertos, representados igualmente en Elías y Moisés. Embelesado San Pedro con lo que sus ojos registraban, en virtud de uno de aquellos arranques que, por la vive-

za de su carácter eran en él tan naturales; «Señor, dijo á Jesús; bueno era que permaneciésemos aquí, para lo cual haríamos tres tabernáculos: para tí uno, otro para Moisés y para Elías otro. Una nube trasparente los cubre entonces á todos, segun la sentencia mas probable, y saliendo de ella una voz misteriosa:» Este es, se la oyó decir claro, mi hijo muy amado en quien pongo todas mis complacencias: oidle.

Son tantas y tan diversas las ideas que ocurren á mi espíritu, tan vivas y delicadas las impresiones que experimenta el corazón, al considerar el espíritu y letra de este texto interesantísimo, que me veo perplejo para elegir el asunto que ha de ocupar vuestra atención en esta mañana; pero considerando que el objeto de la Iglesia, al leer hoy el texto evangélico ya citado, es entre otros animarnos al ejercicio de la penitencia, á la purificación de nuestros corazones, á la trasfiguración de nuestra alma, con la esperanza del eterno galardón, de las celestiales delicias, de los purísimos goces prefigurados en los que experimentaba S. Pedro cuando dijo que era bueno y agradable permanecer en el monte Tabór, voy á haceros algunas reflexiones sobre la importancia

de la salvación, asunto único, importante, necesario, exclusivamente importante y necesario, como que fuera de esto, fuera de nuestra salvación eterna, para la cual hemos sido criados y redimidos por la bondad infinita de Dios, y fuera de los caminos que á nuestra eterna dicha conducen, no hay para el hombre mas que *vanidad*, vanidad, tormento y aflicción de espíritu. Implorémos etcétera.

—

No hay asunto mas digno de vuestra atención que el que acabo de proponeros como materia de mi discurso; pero al mismo tiempo la importancia de la salvación es una verdad tan fácil de demostrar, que no hay necesidad de grandes esfuerzos de ingenio y de imaginación para lograrlo cumplidamente. Basta fijar la vista en el grandioso y sublime cuadro de los prodigios obrados por Dios en favor del hombre, en la obra de la Creación, y en la obra de la Redención.

Remontáos conmigo, en alas de vuestra imaginación mas allá del origen de los tiempos. Cuando aun no existía el mundo ni las estrellas adornaban el azul del firmamento, ni los astros giraban en sus vastas órbitas, por la inmensidad del espacio, Dios re-

posaba tranquilo en su inmensidad y en su divina esencia. La belleza inefable de sus atributos solo se revelaba á las inteligencias celestiales embriagadas de aquella gloria incomprensible de que nos habla el Real Profeta; gloria que no ha visto el ojo del hombre, ni su oído escuchado ni su corazón comprendido. Pero hé aquí que el Omnipotente pronuncia una palabra sublime que fecundiza el caos tenebroso de la nada, y con su virtud infinita hace brotar maravillas en un momento. Hágase, dice, y en el instante, sale la tierra de la nada, se adorna de flores y frutos, se extienden los cielos, como soberbio y magnífico pabellón, se abren los abismos del Océano, los ríos arrastran magestuosamente sus aguas; el palacio de la creación está terminado; solo falta un Rey que ocupe ese trono brillante y glorioso. ¿Quién será ese Rey? El Todopoderoso con un simple *Fiat* ha creado el mundo, ha levantado de la nada el palacio de la Creación, pero ahora se reúne en Consejo la Santísima Trinidad para producir el Rey de los mundos, y pronuncia otra palabra todavía más sublime: *Hagamos*, dice, *al hombre á nuestra imagen y semejanza*: démosle una inteligencia para conocer la verdad, una

voluntad para conocer su bien y su dicha, y un corazón para amar lo bello, lo digno de sus adoraciones y homenajes. Ya le tenemos: contemplad al hombre tal cual Dios le ha hecho; vedle ahí grande, sublime, con la frente levantada al cielo, dominando el vasto horizonte del Universo con la sagacidad de su espíritu y la penetración de su mirada. Contempládele colocado en el misterioso Eden, manantial de delicias puras é inocentes. La naturaleza le sonríe sin trabajo y sin esfuerzos; de su corazón al corazón de Dios, hay una breve distancia. Dichoso si nunca pierde los privilegios de su cuna, si entre sus manos no se rompe el cetro de su poder, si no se olvida de la excelsa dignidad con que le ha revestido el Soberano de todo lo que tiene por movimiento y vida!

Es de advertir, que el hombre, esa obra maestra de la creación, ciñe la hermosa corona de la inmortalidad: no perecerá por completo como los demás seres que le rodean. Cuando haya llegado el último de los días, cuando en el reloj de la eternidad haya sonado la última hora del mundo, el sol, rey de los astros ocultará su luz, las estrellas se desprenderán del firmamento, los elementos se disolverán, los cetos y los tro-

nos quedarán reducidos á un vasto montón de cenizas; pero el hombre sobrevivirá á tantas ruinas, y después de haber pasado algunos días en la peregrinación de su vida mortal, irá á perderse en la eternidad, para gozar eterna dicha, ó desventura interminable, según sus obras. Bien puedo yo exclamar ahora con el real profeta: *Señor ¿qué es el hombre para que hayáis pensado en él y le visitéis de esa manera? Le habéis hecho inferior á los ángeles y le habéis coronado de honor y de gloria.* Señor, ¡qué grande y admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Ved A. M. la alteza de nuestra dignidad. ¡Oh! si supiésemos apreciarla para corresponder á tan brillantes destinos! Pero, triste, doloroso es decirlo: el hombre apesar de todo se arrastra por el polvo, cierra los ojos á la luz, pisotea indignamente los dones de su Criador, y solo se sirve de ellos para ultrajarle. El sol que nos alumbra, el aire que respiramos, la tierra que nos sostiene, el rocío del cielo que fecunda nuestros campos, la economía providencial que provee á todas nuestras necesidades... la salud, la fuerza, la vida... ¡Ah! solo hacemos uso de todo esto para satisfacer nuestros caprichos, para dar rienda suelta á

nuestras pasiones, para entregarnos á viles excesos y repugnantes placeres, manchando con el cieno del pecado la imagen brillante de la divinidad que resplandece en nuestra mirada, y comparándonos con el bruto, y haciéndonos semejantes á él. *«Comparatus est jumentibus insipientibus et similis factus est illis.»* (Salmo 8) sin ver, ni acordarse siquiera de su brillante destino, de su eterna salvación, único negocio, digno de nuestros afanes de toda nuestra actividad, sin ver ni acordarse, siquiera que después de estos días que forman parte del que se llama día del hombre, ha de venir el día grande de Dios, el día terrible de sus iras que viene siempre en pos de la prevaricación é iniquidad; y entonces la naturaleza entera, los elementos todos se levantarán indignados para vengar á Dios de los ultrajes del hombre.

Z. M.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

El Sargento Franck.

(Conclusion.)

Al día siguiente, Franck me trajo en efecto, un gran registro, encuadrado en tela gris, de cuyos largos servicios daban claro testimonio, el lomo ennegre-

cido y los ángulos gastados por el uso. Lo abrió y me hizo recorrer sus páginas.

Lo había comenzado el día mismo en que el pequeño Pedro hizo su primera comunión .. en él todos los días, sin faltar uno siquiera, había apuntado Franck, á un lado sus faltas y al otro sus buenas obras, ó la penitencia que se había impuesto en castigo de sus faltas...

Franck era sargento, no había estudiado Teología, y tenía una manera particular de apreciar sus pecados.... Pero no son los teólogos, los que han de juzgar á los hombres algun día; es Dios! Dios que es bueno; Dios que ama á los pequeñuelos, á los humildes, á los corazones sencillos!...

«He jurado», escribía Franck á la izquierda.

«Esta noche no he bebido mi copa de ron», apuntaba á la derecha.... Y añadía: «En paz».

«He tratado mal á un quinto; lo he llamado....»

«Le he pagado un vaso de vino en la cantina....» «En paz.»

Y así en cada una de las páginas. Todas las semanas una raya, á la derecha y á la izquierda probaba que Franck había hecho un balance por partida doble, y encima había escrito «Existencia» ó bien «Déficit»; según se consideraba acreedor ó deudor del buen Dios.

De trecho en trecho, con intervalos algo mayores; aunque cada vez mas cortos, entre dos líneas, aparecía escrito con tinta roja, en grandes letras: «Hoy me he confesado con el capellan».

—Franck, le dije yo, hay una cosa

que no encuentro en vuestro libro y que debiera estar en todas las páginas....

—El qué, Padre mió?

—Hé adoptado á Pedro, lo he educado, he hecho de él un hombre honrado, un buen cristiano.... Creéis que nada vale todo esto á los ojos de Dios?

Franck era entonces de una edad muy avanzada: el invierno de aquel año, que fué extremadamente muy riguroso, lo postró en cama. Un catarro, de que no quiso hacer caso en un principio, fué el comienzo de su enfermedad.... Un día, sintiéndose peor que de ordinario, escribió á Pedro. Pedro acudió presuroso á su lado, y Franck lo recibió con los brazos abiertos.

—Hijo mio, le dijo, estoy muy contento al volverte á ver.... Conozco que voy á morir, y me alegraría el tenerte cerca de mí, en estos momentos....

—Esto no será muy largo.... pregunta al médico: estoy seguro de que una licencia de ocho días te bastará....

Ay de mí! sí; el médico dijo que era suficiente. Pedro volvió á partir, obtuvo la licencia sin dificultad, y vino á instalarse, con su mujer, junto al lecho de Franck.

Algunas horas despues, Franck se confesó, recibió el Viático y la Extremaunción: y luego recitó, con Pedro y Luisa, las oraciones acostumbradas. Cuando todo hubo terminado, pidió su libro y con mano temblorosa, escribió una vez mas: «Me he confesado...» «En paz...»

Era el día quinto de la licencia de Pedro. A la caída de la tarde, una agita-

ción febril se apoderó del enfermo: la opresión crecía por momentos y apenas le dejaba respirar.

—Pedro! dijo Franck... esto es el fin... y abrió los brazos... Pedro se precipitó en ellos... Después la mano desfallecida del anciano trazó la señal de la cruz en la frente de su hijo adoptivo. Después volviéndose a la mujer de Pedro, que llamaba su hija:

—Luisa! dijo.

La abrazó también, hizo sobre su frente una pequeña cruz del mismo modo... y con la mano derecha en la de Pedro y la izquierda en la de Luisa, dejó caer la cabeza atrás.... y murió!

R. P. VICTOR VAN TRICH, S. J.

—=—

El Asevino de sus hijos.

Era Perico el mozo más gallardo del lugar.

Cuando los domingos al salir de misa mayor, se plantaba, formando corro con sus amigos en la plazuela de la Iglesia, no había madre que no se dejase los ojos en él con envidia, ni había hija que no los apartase con temor al que dirán.

—Tiene unas manos de plata, decía una.

—La que se case con él ya tiene asegurado el pan, repetía otra.

—Mejor casaría á mi Rosalía con Perico que con el chico de Matapobres, añadía una tercera.

—¡Oh! Es muy buen chico.

—Y muy trabajador.

—Y muy hombre de bien.

—¡Lástima no haya salido de las quintas!

—Le comprará soldado su padre. ¿No veis que si se le vá se queda sin brazos?

—No le comprará. No conocéis al tío Tropezones: es más prieto que una piña: primero se dejaría colgar que soltar un cuarto: además, como los dos pequeños ya son medio mozcos, le ayudarán luego á trabajar en la carpintería.

—¡Ya le ayudarán, ya! A comerse el pan de la artesía. ¡Buenos perillanes son los tales nenes! En vez de ir á la escuela, siempre están por esos huertos, saltando brazales, ó jugando por los caracoles á la carteta ó á las chapas con otros granujas como ellos.

—Siempre he dicho yo que esa Rosalía criaba mal la familia.

—Dios nos libre, hija mía: de una madre salen muchos hijos; ahí tienes al mayor que es una alhaja.

—Tienes razón

Conversaciones como esta eran muy frecuentes entre las comadres del pueblo. Y á fe que decían verdad en todo cuanto decían.

Perico, el chico mayor del tío Tropezones el carpintero, apenas salió de la escuela, donde siempre ocupó el primer puesto en cada sección desde chiquitín, se puso á trabajar al lado de su padre con tanta afición y provecho que en pocos años aprendió todo lo que su mercé sabía, é hizo además algunos adelantos, hijos de su natural ingenio.

Pero el tío Bernardo, Tropezones de mote, porque era tartamudo, era el hombre más tacaño que se puede uno imaginar; y por no gastar, jamás permitió que su hijo marchase á una ciudad, don-

de pudiera desarrollar sus buenas disposiciones.

—Lo necesito para mí contestaba cada vez que alguno se permitía hablarle sobre tal cosa.

Pasaron días y días y por fin llegó lo que Perico tanto se temía: llegó el tiempo de las quintas.

Tenia miedo Perico no de ir á la guerra, porque era valiente y por aquel tiempo reinaba una paz actaviana, sino de abandonar el pueblo: su temor, mas que del miedo, que nunca lo tuvo, era hijo del profundo cariño que profesaba á todo cuanto le rodeaba, desde la fuente hasta la plazuela de la escuela, desde el tío Verruga que lo hacia reir con sus chascarrillos hasta los niños de las vecinas que recogían los rizos de la madera cada vez que cepillaba.

Era el domingo señalado para el sorteo. La gente salía de misa mayor y en vez de dirigirse hácia sus casas como otros días, se iba deteniendo en la plaza: no parecia sino que habia algun obstáculo en las calles afluentes que impedía el paso á cuantos llegaban. Poco á poco fué llenándose hasta no poderse meter ni un alfiler siquiera: hombres y mujeres, chicos y grandes, viejos y niños; todos estaban allí mezclados en confuso desorden. La puerta y las escaleras de casa de la villa estaban atestadas de chiquillos de ambos sexos, mudados unos y otros sin mudar; pero todos sucios, feos y desgreñados. El salon del Ayuntamiento se hallaba repleto de hombres, mozos los unos y de madura edad los otros, todos con la cabeza descubierta y el pañolico, ya pendiente de la mano,

ya arrollado y atado sobre la faja. Las tres ventanas que dan á la plaza convertidas en cabalgaduras: pues los mas atrevidos, sentados en hilera, con una piedad hácia adentro y otra hácia fuera, unas veces miraban lo que en el salon sucedía y otras veces hacían señas y muecas á los que en la plaza se encontraban.

En un extremo del salon cuadrilongo, alrededor de una gran mesa de madera, cuadrilonga también, pintada de color de chocolate y sobre bancos del mismo color y material estaban sentados los señores concejales serios graves y tiesos como si hubieran nacido allí. El centro, sobre cuyo respaldo se elevaba algo que aspiraba á dosel estaba ocupado por el señor alcalde. Ocupado en escribir, en uno de los extremos de la mesa estaba el secretario. Sobre la misma y en cada uno de los lados habia dos grandes ollas de tierra cocida, de las que fabrican en Almonacid, tapadas ambas con un pliego de papel de barba. Junto á las ollas, mas alegres que unas páscuas y moviendo constantemente las piernas, estaban sentados dos niños de cinco á seis años de edad.

Tocó el alcalde una campanilla de metal amarillo y todo el mundo calló.

—¡Silencio! gritaron á los de la plaza los de las ventanas. Y la plaza quedó como si en ella no hubiera una alma.

—Se comienza el sorteo—dijo el alcalde.

El secretario se puso en pié, leyó los artículos de la ley referentes al acto, luego la lista de los mozos sorteables y acercándose á uno de los chiquillos, á la vez que apartaba el papel que hacía las veces de cobertera, le dijo:

—Mete la mano en la olla y saca una boleta.

Hizo como se le mandó el chiquitín, sacó un papeletito arrollado y lo entregó al secretario; el cual, desdoblándolo con parsimonia, apartadas las manos del cuerpo, mientras todos los ojos estaban fijos en él como saetas que apuntan, leyó en alta voz, siempre con pausa y lentitud.

—Pedro Ortigas y Mazapan.

Y entregó el papeletito al señor alcalde, quien á su vez, despues de haberlo leído, lo pasó al concejal de la derecha, y éste al otro y así sucesivamente hasta que todos lo miraron y lo leyeron con sus propios ojos.

—¡Perico, Perico, Perico! susurraba la multitud de la plaza.

—¡Silencio! gritaron los de las ventanas.

Y todos volvieron á quedar como muertos.

Se acercó el secretario á la otra olla, la destapó y dijo al chiquitín.

—Mete la mano sin mirar y saca una boleta.

Metió la mano el pequeño, sacó otro papeletito como el anterior y lo entregó al secretario.

Este, con mas calma, con mas lentitud que antes, como si se gozase en hacer esperar á todo un pueblo que tenia fijos los ojos en sus manos y los oidos en su boca, lo desdobló, lo levantó en alto y gritó:

—Número uno.

—¡El uno! exclamó el público del salón, dando una patada en el suelo, todos á la vez, con raras excepciones.

—¡¡¡El uno!!! gritaron los de las ventanas, mirando á los de la plaza.

—¡¡¡El uno repitieron los de la plaza, resonando como un rumor sordo y lejano, como el que sigue al eco cuando se extingue entre las montañas.

Luego, allá lejos, en último extremo del pueblo se oyeron sollozos de mujeres.

Perico, en uno de los lados de la sala, estaba haciendo esfuerzos por sonreír á los que le daban el pésame por su mala suerte, pero con los ojos á punto de reventar.

Tocó la campanilla el alcalde, y el acto continuó como si nada hubiera sucedido.

—¿Por qué no compras soldado al chico? ¿No ves que te quedas sin brazos? Decían los vecinos al tío Tropezones.

—Corremos malos tiempos para gastar; contestaba: además con los dos pequeños nos iremos pasando.

La avaricia siempre halla razones para no gastar dinero. No discutais con un avaro, porque siempre os saldrá al derecho. Y cuando parece que va á ceder calla y hace su negocio.

Partió á soldado Perico dejandollorando á medio lugar; pero la que lloró á modo tendido sin poder consolarse en muchos dias, fué la Teresica, la hija pequeña del tío Esquilador.

SANTIAGO.

(Continuará.)

